

el cisma que dividió á Samaria de Jerusalem. Se ha visto que los cismáticos griegos provocaron las reprensiones y amenazas proféticas, y su efecto cuando los Orientales y los cismáticos griegos cayeron bajo el poder de los Mahometanos. Las promesas hechas á Israel, á Efraim y á Samaria, tuvieron un ligero cumplimiento en el sentido literal; pero lo han tenido mas pleno en los Judíos que abrazaron la fe anunciada por los apóstoles, y lo tendrán entero en la conversión futura de los Judíos, y de los hereges y cismáticos que volvieren á la Iglesia de Jesucristo.

Jerusalem representa á la Iglesia, y Judá al pueblo cristiano, y particularmente á los que permanecen adheridos á la silla de S. Pedro, centro de la unidad católica. Israel representa á los Judíos incrédulos, á los hereges y cismáticos, particularmente á los cismáticos griegos; así los Asirios y Caldeos pueden representar los pueblos infieles que son el instrumento con que Dios ha castigado á los prevaricadores. Así Dios se sirvió de los Romanos para castigar á los Judíos incrédulos representados por Israel, y para probar por el fuego de la persecucion de tres siglos á los Cristianos, representados por los hijos de Judá, y libertados milagrosamente de las manos de Sennacherib. Tambien se sirvió de los Mahometanos, para castigar á los hereges orientales y cismáticos griegos, y para probar á los Cristianos occidentales, hasta permitir que los Sarracenos llegasen á las puertas de Roma, y los Turcos hasta las de Viena, siendo unos y otros rechazados y rotos. Los efectos admirables de la misericordia de Dios sobre su Iglesia, son una prenda de lo que hará al fin de los tiempos para libertar á su pueblo de los males que abrumarán la tierra, y libertar á su Iglesia de las tribulaciones de esta vida, premiándola eternamente.

Qui legit, intelligat: esta expresion de Jesucristo anuncia á los Judíos las desgracias predichas contra ellos por los profetas. S. Mateo lo habia dicho, y S. Márcos lo repite para que vivamos mas atentos, y sepamos aprovecharnos de esta advertencia.

Qui habet aurem, audiat quid Spiritus dicat ecclesiis. Esto repite siete veces en el Apocalipsis Jesucristo ya resucitado hablando á las siete Iglesias, á las que dirige este libro profético que abraza la duracion de los siglos, y que desenvuelve los misterios contenidos en los oráculos de los profetas.

PREFACIO

SOBRE LOS DOS LIBROS CANÓNICOS DE LOS MACABEOS.

SE conocen cuatro libros diferentes con el nombre de los Macabeos (1); pero los dos primeros solamente son canónicos, y los dos últimos apócrifos. Segun el orden de los sucesos referidos en estos cuatro libros, el tercero debia ser el primero, y el primero debia ser el tercero. Los dos primeros serán único objeto de este prefacio, y despues de ellos daremos el compendio de la historia de los Judíos desde la muerte del pontífice Simon hasta Jesucristo.

El autor del primer libro de los Macabeos era hebreo, á juzgar por su estilo. Orígenes nos refiere el título hebreo de esta obra (2), *Sarbeth* (ó *Sebeth Sar-bane-El*), es decir, *etro del príncipe de los hijos de Dios*, dando á entender con esto el gobierno, la fuerza ó el reinado de los Macabeos, designados con el nombre de príncipes de los hijos de Dios. S. Gerónimo habia visto esta obra en hebreo (3), es decir, en siriaco, idioma que se hablaba en Judea en tiempo de los Macabeos (4). Los Judíos ya no le poseen en esta lengua, y parece que José, hijo de Gorion, cita estos libros bajo el nombre de *libros de los Assamoneos*. No es imposible que este autor que vivia en el siglo once, hubiese visto esta obra en hebreo. Al presente el griego se considera como el original del que se hizo la antigua version latina que nos queda, version de una antigüedad muy venerable que se usó en la Iglesia ántes de S. Gerónimo, quien no tradujo estos libros como los otros de la Escritura.

Puede creerse que esta obra fué extraida de los registros públicos en que se consignaban los hechos memorables en la república de los Hebreos, y la Escritura testifica la diligencia de Judas Macabeo (5) que recogió los monumentos de su nacion, extraviados durante la guerra, y el autor de este libro cita al fin (6) las memorias del pontificado de Juan Hircano, como la fuente que puede instruir mas á fondo de lo que refiere. Algunos han creído que el mismo Juan Hircano era el escritor de este primer libro; pero esta opinion se funda en conjeturas bien débiles. El que ha escrito este primer volumen siguió en su cómputo cronológico la era de los Griegos, segun contaban los Hebreos, y la comenzaba en el mes de Nisan, seis meses ántes que

(1) En los ejemplares de la Vulgata se lee *Machabei*; mas en el griego *Macca-bai*, sobre cuya etimología hablaremos en la nota sobre el capítulo II. V. 4. l. 1. — (2) *Orig. apud Euseb. l. vi. c. ult. Hist. eccles.* — (3) *Hieronym. Prolog. Galeato. Machabaeorum primum librum hebraicum reperi.* — (4) *Ita Drus. praefat. in lib. Veter. Test. Huet. demonstrat. Evang. propos.* — (5) *2. Mach. ii. 14.* — (6) *1. Mach. xvi. ult.*

I.
Observaciones generales sobre los libros de los Macabeos, y particulares sobre los dos canónicos.

los Griegos y los Siros, que fijaban el principio de ella hácia el mes de septiembre ú octubre.

En este libro se contiene la historia de cuarenta años, desde que comenzó el reinado de Antioco Epifanes hasta la muerte del pontífice Simon, y el autor pudo ser testigo de casi todo lo que escribe, aunque vivió despues del gobierno de Juan Hircano (1), pues desde el principio de la persecucion de Epifanes hasta la muerte de Hircano, pasaron solo sesenta y cuatro años.

El segundo libro de los Macabeos es un compendio de la historia de las persecuciones de Epifanes y de Eupator contra los Judíos (2), compuesta en cinco libros por uno llamado Jason. El autor del compendio es desconocido y la obra de Jason se ha perdido, ambos eran griegos y seguian el modo de contar los años de los Seleúcidas segun el uso de los Siros, y el compendiador no se ha ceñido á seguir á Jason, de modo que no haya añadido algo á su obra. No promete mas que la historia (3) de Júdas Macabeo y sus hermanos, de la purificacion de l templo y dedicacion del altar, de las batallas que Epifanes y su hijo Eupator dieron á los Judíos, y de las señales que aparecian en el aire cerca de aquel tiempo sobre Jerusalem; y no obstante, en el capítulo iii. y principio del iv. se halla la historia del castigo de Heliodoro, que sucedió bajo Seleuco, antecesor de Epifanes. Los dos últimos capítulos contienen tambien cosas acaecidas bajo Demetrio Soter, sucesor de Eupator; mas como ellas tocan al tiempo de Júdas Macabeo, no pueden decirse extrañas al plan de Jason y de su compendiador; sin embargo, se observa en estos últimos capítulos variedad en la narracion y diferencia en el estilo, por lo que puede creerse que son de autor distinto de Jason (4).

Aunque el autor del segundo libro de los Macabeos casi siempre refiere las mismas cosas que el autor del primero, sin embargo, parece que ni se vió ni copió el uno al otro, pues se asemejan de manera, que no puede decirse que hayan querido imitarse ni seguirse.

El compilador del segundo puso al principio de su obra un prefacio (5), en que nos advierte, que habiendo considerado el gran número de libros compuestos sobre esta materia, y la dificultad de instruirse consultándolos separadamente, se tomó el trabajo de hacer un extracto para comodidad de los lectores. Pone luego una carta escrita á los Judíos de Alejandria por los de Jerusalem (6), para avisarles que celebrasen la fiesta de la purificacion del templo por Júdas Macabeo. Despues hay otra (7) del senado de Jerusalem y de Júdas á Aristóbulo, preceptor del rey Tolomeo, dirigida al mismo fin, y datada al parecer en el año 188 de la era de los Griegos, lo que supondria que no se habia escrito hasta el año 124 ántes de nuestra era vulgar bajo el gobierno de Juan Hircano, y se cree que el compilador vivia cerca de ese tiempo. Este segundo libro contiene la historia como de quince años, desde la tentativa de Heliodoro en el templo, hasta la victoria de Júdas Macabeo sobre Nicanor.

[1] 1 Mach. xvi. ult.—[2] San Clemente de Alejandria, Strom. l. v. p. 595. le llama *Epítogo de los Macabeos*. [3] 2 Mach. ii. 20, 21, 22, 23, 24.—[4] Vide Grot. ad 2. Mach. praef. et comment. ad xii. l. 19, 21, 22, 23, 26. xiv. 22. Vide et Huet. demonstrat. Evang. propos. 4. [5] 2 Mach. ii. 25. et seqq.—[6] 2 Mach. i. l. et seqq. ad v. 10. exclusive.—[7] 2 Mach. i. v. 10. ad v. 19. cap. ii. inclusive.

La belleza del estilo de este libro hizo que algunos (1) le atribuyesen á Filon Judío ó á Josefo, á quien se atribuye una obrita titulada, *de los Macabeos*, ó del *Imperio de la razon*, diferente del que ahora examinamos. En cuanto á la semejanza del estilo de Filon con el de este libro, es tan poco sensible, y él tan ignorante de lo que pertenece á los Macabeos, que seria temeridad tenerle por su autor; y ni Eusebio ni S. Gerónimo hablan de esta obra entre las de Filon. Serario (2) pretende que es obra de Judas el Esenio, conocido en Josefo por sus predicciones, y pretende que de este Judas se habla en el capítulo ii. en estos términos: Judas ha recogido todo lo que se habia extraviado durante la guerra que nos sobrevino, y todo esta ahora en nuestras manos (3). Mas parece que estas palabras se refieren á Judas Macabeo, y no prueban que Judas Esenio, ni Judas Macabeo hayan escrito esta historia. Leon Alacio (4) conjetura que el gran pontífice Simon la escribió; pero sus conjeturas no tienen fundamento cierto.

Algunos creyeron (5) que todo este libro era una carta escrita por el senado de Jerusalem á los Judíos de Egipto, y Mr. Cotelier cita un antiguo compendio de este libro en que se dice que está en forma de carta; pero es fácil distinguir lo que escribió el senado de Jerusalem y lo que escribió el historiador, quien se da á conocer bastante por su prefacio y por la serie de su narracion.

Los que se han separado de la Iglesia romana niegan á los libros de los Macabeos la calidad de canónicos, y muestran que algunos antiguos autores eclesiásticos los han colocado entre los apócrifos; y pretenden que así como la Iglesia no puede hacer que un autor inspirado deje de serlo, tampoco puede dar la inspiracion á los que no la tuvieron desde el principio; en una palabra, que no tocando su declaracion al fondo de las cosas, sino suponiendo la verdad de lo que declara, sus decisiones posteriores no pueden dar á una obra la autoridad divina que ántes no tenia.

Este último principio está reconocido por todos los teólogos, y solo se trata de aclarar el equívoco de que los antiguos autores eclesiásticos colocaron los Macabeos entre los libros apócrifos. Es cierto que si la antigüedad se hubiese explicado de un modo uniforme y constante sobre este asunto; si las primeras, mas grandes y numerosas Iglesias hubiesen declarado en sus concilios que estos libros no eran canónicos, no pudieran hoy reputarse por tales, pues en estas materias debe seguirse, segun S. Agustin (6), la autoridad del mayor número de Iglesias de las apóstolicas, de aquellas que recibieron cartas de los apóstoles. Las Escrituras que son recibidas de todas las Iglesias católicas, deben ser preferidas á las que son desechadas por algunas, y entre estas últimas deben preferirse las que son recibidas por el mayor número y por las mas considerables, á las que no tienen este privilegio. Y aunque los libros de los Macabeos no estén colocados en el catálogo de los libros canónicos por Meliton, por el concilio de Laodicea, por Atanasio en la Sinopsis que lleva su nombre, por S. Ci-

II.
Pruebas de la
autoridad ca-
nónica de es-
tos dos libros

[1] Honor. Augustod. de Scriptor. Eccl. in Philone.—[2] Serar. prolog. 2. in Mach. et in cap. i. et 2. lib. ii. Mach. Vide et Rupert. de victoria verbi.—[3] 2. Mach. ii. 14.—[4] Allat. de Simonib. p. 200.—[5] Vide Raban. Genebrard. Chronolog. Mediana, l. vi. de fide, c. 13. Cotel. not. ad Can. Apost.—[6] Aug. de Doctr. Christ. l. ii. c. 8.

rilo de Jerusalem, por S. Hilario, por S. Gregorio Nacianceno, por S. Gregorio el Grande (1), por S. Juan Damasceno (2), se les puede oponer un número mucho mayor de autores antiguos, y algunos concilios que los han reconocido como canónicos. El autor de la carta á los Hebreos (3) hace una alusion visible al suplicio del santo anciano Eleázaro, cuando hablando de los mártires del Antiguo Testamento que han señalado su celo en la defensa de la fe, dice que hubo quienes sufrieran la pena del *tympanum*, suplicio que sufrió el santo anciano de que hablamos (4). El autor de los cánones apostólicos (5), Tertuliano (6), S. Cipriano (7), Lucifero de Cagliari (8), S. Hilario (9), S. Ambrosio (10), S. Agustin (11), Casiodoro, Raban Mauro, el presbítero Belator, S. Isidoro de Sevilla, y otros varios los han citado como escrituras canónicas; el tercer concilio de Cartago (12), y en fin, el de Trento (13), los han reconocido por libros inspirados, y los han recibido en su cánón. El papa Gelasio en los impresos, solo señala como canónico un libro de los Macabeos, pero se asegura que hay buenos manuscritos que señalan dos.

Hemos omitido de propósito las autoridades de Orígenes y de S. Gerónimo, porque no son del todo uniformes, y hay una especie de contradiccion en sus opiniones comparadas entre sí. Orígenes en su prefacio sobre los Salmos, excluye los dos libros de los Macabeos del número de las divinas Escrituras; mas en el segundo libro de los Principios capítulo 1. y en su comentario sobre el capítulo v. de la carta á los Romanos, habla de ellos como de una obra inspirada y de autoridad igual á los otros libros canónicos. S. Gerónimo en su prefacio sobre los libros de Salomon, dice que es cierto que la Iglesia lee los libros de los Macabeos, pero que no los recibe entre las obras canónicas: *Machabaeorum libros legit quidem Ecclesia, sed eos inter canonicas scripturas non recipit*. Mas en otra parte el mismo padre cita estos libros como Escritura divina.

En fin, debe atenderse que la mayor parte de los padres que han excluido estos libros del cánón, no han hablado sino segun la opinion de los Judíos, que ni aun hoy los reciben: otros han sido muy poco exactos y ménos constantes en lo que han dicho, pues han citado como divinos los mismos libros que excluian del cánón, como acabamos de verlo en S. Gerónimo y en Orígenes; han admitido en el cánón obras que despues de largo tiempo han sido excluidas por unánime consentimiento de toda la Iglesia, como S. Juan Damasceno, que recibe los cánones de los apóstoles compuestos por S. Clemente. Algunos han omitido en sus catálogos libros reconocidos sin contradiccion por los Judíos y por los Cristianos, como el libro de Ester que se omite por Meliton, por S. Atanasio ó el autor de la Si-

[1] Greg. Moral. lib. xix. c. 21. n. 34. nov. edit. Vide praefat. general. p. xj. art. 16.—[2] Damascen. l. iv. de Fide orthodoxa, c. 18.—[3] Hebr. xi. 35.—[4] 2. Mach. vi. 19.—[5] Can. apostol. 84. seu 85.—[6] Tertul. advers. Jud. c. 4.—[7] Cyprian. lib. de exhort. ad martyr. c. 11. et lib. iii. Testimon. ad Quiric. c. 15. et ep. 55. ad Cornel. Pap.—[8] Lucifer. Calarit. lib. de non parcendo in Deum delinquentibus.—[9] Hilar. in psalm. 134. et lib. contra Constantium imper.—[10] Ambros. l. ii. de Jacob. et vita beata, c. 10. 11. 12. et lib. i. de offic. c. 40. 41. et lib. iii. c. 29.—[11] Aug. lib. de cura gerenda pro mortuis, c. 1. et lib. ii. de Doctr. Christ. et lib. xviii. de Civit. c. 36. et lib. i. contra Gaudent. Donatist. c. 31.—[12] Concil. Carthag. 3. Can. 47.—[13] Innocent. i. ad Exuper.

nópsis, por S. Gregorio Nacianceno, por Leoncio y por Nicéforo de Constantinopla.

No debe pues disputarse á estos dos libros su calidad de canónicos por esta variedad de opiniones, supuesto que el peso de las pruebas y de las autoridades que se la asegura, es sin duda mayor que el de las razones contrarias.

El primer libro que contiene la historia de los Judíos desde que comenzó el reinado de Antioco Epifanes hasta la muerte del pontífice Simon, sube hasta Alejandro el Grande. Este poderoso monarca, fundador del imperio de los Griegos, derrotó á Darío, rey de los Persas y Medos, y llevó sus conquistas hasta la extremidad del mundo. Cayó enfermo, dejó á sus principales oficiales el gobierno de las provincias que les habia confiado, y murió. Formáronse muchos reinos en las provincias de su imperio, y entre ellos el de Siria, en el que aparece por fin Antioco Epifanes. Entonces algunos Judíos ambiciosos é impíos se alian con los gentiles, abrazan sus costumbres y abandonan la ley del Señor. Antioco se apodera de Siria con los despojos: envia á Apolonio, superintendente de tributos, con numeroso séquito á Jerusalem, que es por él desolada, robada, derribadas sus casas y murallas, y cautivados sus habitantes, y deja una guarnicion que comete todo género de violencias. Antioco publica un edicto declarando que no quiere permitir mas que una sola religion en su reino: muchos de los Israelitas se someten y abrazan la idolatría, y se coloca la estatua de Júpiter sobre el altar del Señor: se levantan altares en todas las ciudades de Judá, y se emplean crueles suplicios para forzar á los Judíos al culto de los ídolos (Cap. 1.). Matatías movido de los males de su pueblo y de la profanacion del santuario, sale de Jerusalem con su familia, y se retira á la montaña de Modin: niégase á sacrificar á los ídolos y desecha todas las ofertas que se le hacen para comprometerlo á esta impiedad: mata sobre el altar profano á un judío que se acercaba á sacrificar: tambien mata al oficial de Antioco que le forzaba, y se retira á las montañas con los suyos, abandonando cuanto tenian en la ciudad. Muchos Judíos afectos á la ley de Dios se retiran tambien al desierto: el ejército de Antioco viene á atacarlos un día sábado, y se dejan matar sin defenderse por no violar el reposo sagrado de ese dia; pero Matatías y sus gentes no aprueban esta conducta, y toman la resolucion de defenderse, si son atacados en sábado; cuantos estaban animados de celo por la ley se juntan con Matatías, forman un ejército y dan por todas partes á destruir el culto de los ídolos, y restablecer el del Señor. Matatías conociendo que su muerte se acercaba, exhorta á sus hijos á permanecer en el amor de la ley santa, les representa la piedad de sus antepasados y la debilidad de sus enemigos; les manda seguir los consejos de Simon su hermano, y obedecer las órdenes de Júdas Macabeo, á quien declara general del ejército (Cap. ii).

Júdas sucede á su padre en el cargo de gefe del pueblo de Israel, derrota y mata en batalla campal á Apolonio, gefe de Samaria por Antioco. Seron, general del ejército de Siria, esperando adquirir gloria por la derrota de Júdas, le ataca con un poderoso ejér-

cito; Júdas marcha á encontrarle lleno de confianza en la justicia de su causa y en el poder de Dios, derrota el ejército enemigo, y adquiere gran reputacion. Antioco, irritado por la derrota de sus dos ejércitos, levanta otro, le paga por un año y se va á Persia: deja á Lisias el gobierno de su reino y el cuidado de la educacion de su hijo, con orden de destruir enteramente la Judea y exterminar á todos los Judíos. Lisias envia tres generales con cuarenta mil infantes y siete mil caballos: Júdas y los suyos recurren al ayuno, á la oracion y otros actos religiosos, para disponerse á combatir á sus enemigos (Cap. iii). Gorgias, uno de los tres generales, trata de sorprender á Júdas durante la noche con una division del ejército real: Júdas lo sabe, marcha y ataca el campo de los enemigos, los derrota y pone en fuga. Vuelto de la persecucion de los enemigos, impide á los suyos que se echen sobre el botin, hasta que hayan derrotado el destacamento mandado por Gorgias, quien sabiendo la rota del ejército huye lleno de miedo con toda su tropa. Entónces Júdas saquea el campo enemigo, y canta las alabanzas del Señor. Lisias levanta nuevo ejército mas numeroso y mas fuerte, y le conduce él mismo. Júdas invoca el socorro del Señor, destroza cinco mil hombres del ejército enemigo, y pone en fuga el resto. Vuelve Lisias á Antioquia para levantar nuevas tropas, y Júdas aprovechándose del reposo que le daba la ausencia de Lisias y la rota de su ejército, va á Jerusalem, purifica el lugar santo, restablece el culto del Señor, y fortifica la montaña del Sion (Cap. iv).

Las naciones vecinas de Judea, irritadas de que se hubiese restablecido el culto del Señor, resuelven exterminar á todos los Judíos, y matan á algunos. Júdas derrota á los Idumeos y Ammonitas, toma la ciudad de Gazer mas allá del Jordan, y vuelve á Judea; marcha al socorro de los Judíos oprimidos en el pais de Galaad, y envia á su hermano Simon al socorro de los de Galilea que estaban en la misma opresion. Deja á José y Azarias para guardar la Judea, y les prohíbe toda empresa contra los enemigos. Simon triunfa de estos en Galilea, tómale sus despojos, liberta á los Judíos oprimidos y los lleva á la Judea. Júdas con Jonatás su hermano, sabiendo el mísero estado á que estaban reducidos los Judíos en el pais de Galaad, marchan contra sus enemigos, los deshacen y queman sus ciudades. Timoteo, general de los enemigos, reúne nuevo ejército, y se dispone á atacar á Júdas. Este le previene, derrama el terror entre sus tropas, las derrota enteramente, quema la ciudad y templo de Carnaim donde los fugitivos se habian retirado, se lleva á Judea los Israelitas que habia en el pais de Galaad, toma, saquea y destruye la ciudad de Efron que le habia negado el paso: llega á Jerusalem, y ofrece sacrificios en accion de gracias. José y Azarias sabiendo las felices proezas de Júdas y de Simon su hermano, quieren hacer tambien su nombre célebre en el pais. Marchan contra Jamnia; mas en lugar de señalar su valor, son derrotados por Gorgias, y huyen despues de perder como dos mil hombres. Las tropas de Júdas son respetadas de todos los pueblos. Las conduce contra la Idumea hácia el sur de Judea, y toma á Chebron. Marcha contra los Filisteos, derriba sus altares, quema sus ídolos, se apodera del botin que halla en sus ciudades, y vuelve á Judea (cap. v). Antioco, sabiendo que Elimaide, ciudad de Per-

sia, estaba llena de riquezas, quiso tomarla, y fué rechazado por los habitantes. Al mismo tiempo supo el mal éxito de la guerra que hacian sus generales en Judea: penetrado de dolor cae enfermo y muere, sucediéndole su hijo Antioco Eupator. Los extrangeros que habia en la fortaleza de Jerusalem incomodan demasiado á los Judíos, los sitia Júdas, salen algunos y van con otros impíos que se les juntaron á implorar el auxilio de Eupator: este príncipe irritado marcha á Judea con ejército formidable, Júdas le sale al encuentro con las pocas tropas que mandaba, y le mata seiscientos hombres. Eleázaro, hermano de Júdas, sacrifica su vida por la salud de su pueblo, siendo oprimido por un elefante que habia traspasado: los Judíos no pudiendo resistir la fuerza de sus enemigos, se retiran á Jerusalem. Eupator los sigue, admite la capitulacion de la ciudad de Betzura, y pone guarnicion en ella; ataca los lugares santos, defiéndose los Judíos por algun tiempo, y se retiran muchos por falta de víveres. Lisias sabe que Filipo nombrado tutor del jóven príncipe, quiere apoderarse del gobierno del reino; aconseja á este que haga la paz con los Judíos, Eupator consiente, y la firma (Cap. vi).

Demetrio, hijo de Seleuco Filopator, habiendo salido de Roma donde estaba en rehenes, viene á Siria, y recobra el reino que Antioco Epifanes su tio le habia usurpado, hace morir á Eupator y á Lisias, envia á Baquides á Judea para establecer gran pontífice al impío Alcimo; éstos tratan en vano de sorprender á Júdas, matan sesenta doctores de la ley, que se habian fiado de la palabra dada de que no les harian mal. Baquides da la muerte á muchos Judíos, deja el gobierno de la provincia en manos de Alcimo, y se vuelve al rey. Alcimo trabaja en afirmarse en el sumo sacerdocio; los Judíos malos é impíos se unen á él, y hacen á sus hermanos mayores males que los mismos gentiles. Júdas se opone á estos desórdenes, y Alcimo viéndole mas fuerte que él, va á ver al rey para acusarle, quien envia á Nicanor con un ejército contra Júdas; pero este ejército es derrotado y obligado á la fuga. Nicanor sube á la montaña de Sion, desprecia á los sacerdotes y los sacrificios que ofrecian por el rey, amenaza quemar el templo y se retira furioso: los sacerdotes recurren á Dios, y Júdas alcanza una victoria completa. Nicanor es el primero que muere; sus tropas viéndole muerto, arrojan las armas, toman la fuga, las de Júdas las persiguen, los pueblos de la Judea les acometen por todas partes, y todos perecen, los Judíos enriquecen de sus despojos, y hacen de este dia una solemnidad (Cap. vii). El nombre de los Romanos llega á noticia de Júdas, se informa de la grandeza de su poder, del valor de sus tropas, de la sabiduría de su gobierno, y de la proteccion que dispensan á sus aliados; envia embajadores á Roma para hacer alianza con ellos, y aquí se refieren la forma y condiciones de esta alianza (Cap. viii).

Demetrio envia á Baquides y á Alcimo á la Judea con sus mejores tropas. Júdas no deja de atacarlas con ochocientos hombres, y es muerto en el combate: sus hermanos le sepultan con honor, todo Israel le llora muchos dias, los malvados se aprovechan de su muerte para apoderarse del pais. En el mismo tiempo sobreviene una grande hambre. Los amigos de Júdas eligen á Jonatas su hermano para que los mande. Baquides trata de matar á Jonatas, que huye al desierto

donde Baquides le viene á buscar con su ejército. Jonatas envia á Juan su hermano á pedir prestado el equipage de guerra á los Nabuteos, Juan muere á manos de los hijos de Jambri, Jonatas venga su muerte y se retira al Jordan. Baquides viene á atacarle con un poderoso ejército. Jonatas le mata mil hombres, y pasa el Jordan en su presencia. Baquides vuelve á Jerusalem, y edifica muchas fortalezas en Judea. Alcimo comienza á derribar los muros del templo, es herido de Dios, y muere en terribles dolores. Baquides vuelve al rey su amo, y Judea queda en paz; pero á instancias de los Judíos malvados vuelve con un poderoso ejército para sorprender á Jonatas. Este gefe del pueblo de Dios se retira á una ciudad del desierto que fortifica, y Baquides la sitia; Simon la defiende, quema las máquinas del sitiador, derrota su ejército, y le obliga á retirarse. Baquides irritado hace morir á los hombres de iniquidad que le habian llamado á Judea, hace la paz con Jonatas, le vuelve los prisioneros, se retira á su pais, y deja en paz la Judea (Cap. ix.). Alejandro que se decia hijo de Antioco Epifanes, se apodera de Tolemaida. Demetrio levanta un poderoso ejército para combatirle, procura atraerse á Jonatas; le da poder para levantar un ejército, y le entrega todas las plazas que tenia en Judea. Alejandro trata tambien de ganar la amistad de Jonatas. Le escribe una carta amistosa, le confirma en el sumo pontificado, y le envia ricos presentes. Jonatas entra en el ejercicio del sacerdocio, levanta un poderoso ejército y hace fabricar muchas armas. Demetrio le escribe una carta llena de promesas magnificas en su favor y de toda su nacion. Jonatas y su pueblo creen que no son sinceras las proposiciones de Demetrio; las desechan y abrazan el partido de Alejandro. Este levanta un grande ejército, marcha contra Demetrio, le derrota, y le mata. Envia embajadores á Tolomeo Filometor para pedirle su amistad y su hija. Consiente el egipcio, y ambos vienen á Tolemaida donde se celebran las bodas con gran magnificencia. Jonatas á ruego de Alejandro, viene á Tolemaida á saludar á los dos reyes: se presenta con mucho esplendor, y les hace ricos regalos. Es acusado por sus enemigos, Alejandro no los escucha y los confunde por los honores de que colma á Jonatas. Demetrio hijo del precedente, sale de la isla de Creta, donde le habia puesto en cobro durante la guerra, y viene á Cilicia, hace á Apolonio general de su ejército, y le envia contra los Judíos que permanecen firmes en el partido de Alejandro. Jonatas vivamente picado de los insultos de Apolonio, escoge diez mil hombres, marcha contra él, le da la batalla, derrota su ejército, quema la ciudad de Azoto y el templo de Dagon con cuantos en él se habian refugiado, y vuelve á Jerusalem rodeado de honores y rico de despojos. (Cap. x.)

Tolomeo aparentando que queria socorrer á Alejandro su yerno, levanta un grande ejército y se apodera de su reino. Jonatas le viene á ver á Jope, y es muy bien recibido. Tolomeo quita su hija á Alejandro, y la da á Demetrio. Alejandro marcha contra él, pierde la batalla, y se retira á la corte de Zabdiel, príncipe de los Arabes, que le corta la cabeza y la envia á Tolomeo. Este muere, y Demetrio hace pasar á cuchillo las guarniciones que el rey de Egipto habia puesto en las plazas de Siria, y entra en posesion de su reino. Jonatas sitia la fortaleza de Jerusalem. Demetrio le hace venir á Tolemaida para confen-

renciar con él, le colma de honores á pesar de las calumnias de sus enemigos, concede muchas inmunidades y privilegios á los Judíos á ruegos de Jonatas, licencia su ejército, y solo conserva las tropas extranjeras. Esta resolucion excita el odio de los soldados y da lugar á Trifon para querer colocar en el trono á Antioco, hijo de Alejandro, que estaba con Elmalquel, rey de los Arabes. Jonatas pide á Demetrio que retire las guarniciones que tenia en las plazas de Judea. Este promete hacerlo y colmarle de bienes, le pide socorro contra su pueblo que se habia rebelado, y Jonatas le envia tres mil Judíos que matan cien mil rebeldes, libertan al rey, y someten la ciudad de Antioquia; mas Demetrio en lugar de colmar de bienes á Jonatas como lo habia prometido, le hace todo el mal que puede. Trifon lleva al jóven Antioco, y le hace proclamar rey. Este príncipe combate contra Demetrio, y le pone en fuga, escribe á Jonatas, le confirma en el sumo pontificado; le hace ricos presentes, y da á su hermano Simon el gobierno de la Fenicia y de la Palestina. Jonatas en reconocimiento de los beneficios de Antioco, le somete las ciudades del otro lado del Jordan que aun estaban por Demetrio, deja á su hermano Simon el cuidado de acabar las conquistas que habia comenzado, y vuelve al socorro de Galilea que los generales de Demetrio habian atacado. Marcha contra los enemigos, le abandonan los suyos, recurre al Señor, ataca, pone á los enemigos en fuga, y reanimando su ejemplo á los suyos, los persiguen hasta su campo (Cap. xi.). Jonatas renueva la alianza con los Romanos y los Lacedemonios, y lo que aquí se dice del parentesco de estos con los Judíos, será asunto de una Disertacion. Jonatas marcha á encontrar el ejército de Demetrio que quiere sorprenderle. Su presencia derrama el terror en el campo de los enemigos que toman la fuga y los persigue sin poder alcanzarlos, vuelve sus armas contra los Arabes y Siros; su hermano Simon extiende sus conquistas hasta Jope. Jonatas reedifica los muros de Jerusalem, y levanta fortalezas en Judea. Se deja sorprender de los artificios de Trifon, y va con él á Tolemaida, donde es arrestado, y muertos los que iban en su compañía. Trifon envia tropas contra los que Jonatas habia despedido. Estas últimas muestran tanto valor y firmeza, que las de Trifon no se atreven á atacarlas. La prision de Jonatas consterna á todo Israel, y reanima á sus enemigos (Cap. xii.).

Simon va á Jerusalem, reúne al pueblo, le muestra la disposicion en que está de sacrificar su vida, como han hecho sus hermanos, por la salud de la patria. Es reconocido gefe de la nacion, y todos prometen obedecerle. Reune los guerreros, reedifica los muros de Jerusalem, recobra á Jope, y se opone á las empresas de Trifon, que despues de haberle sacado cien talentos y á los dos hijos de Jonatas, so pretexto de libertar á este, hace morir al padre con sus dos hijos. Simon recoge los huesos de Jonatas y los sepulta con honor. Construye un sepulcro magnifico para su padre y sus hermanos. Trifon mata al jóven Antioco y se apodera de su reino. Simon despues de haber reparado las plazas de Judea, ofrece á Demetrio declararse por él contra Trifon. Aquel acepta la oferta, y libra á Judea de todo impuesto. Los Judíos libres del yugo de los gentiles, hacen de este suceso una época nueva. Simon sitia y toma á Gaza. Echa á todos los habitantes, y entra cantando himnos al Señor. Los Siros encerrados en la fortaleza